

# NATURA

REVISTA QUINCENAL  
DE  
CIENCIA, SOCIOLOGÍA  
LITERATURA Y ARTE

DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Floridablanca, 126, 1.º, 2.º.—Horas de oficina: de 1 a 2 y de 8 a 9.

## EN PRO DE LA PAZ

Reproducido de LE COURRIER EUROPÉEN, hallamos en LA PUBLICIDAD el documento que nos complacemos en trasladar á nuestras columnas. Su autor, el conocido dramaturgo noruego Bjørnson, expone muy bien la brutalidad de la guerra ruso-japonesa, su situación actual, el internacionalismo de los perjuicios materiales y morales que causa, la justicia encarnada en la necesidad de una intervención y las causas de que se sostenga tanto tiempo á despecho de todos los sentimientos humanitarios. Nos asociamos á la finalidad que persigue el escritor noruego; pero no tenemos ninguna fe en los medios que indica para hacer cesar una lucha, cuyo «momento psicológico», para nosotros proletarios, carne de cañón, hace muchísimo tiempo que había llegado; antes de que estallara. Y no tenemos ninguna fe en la acción de los Parlamentos para hacerla cesar, porque la experiencia y la observación de los fenómenos sociales nos han enseñado que nada puede esperarse de ellos. Nos explicaremos. El Japón hace sus empréstitos en los Estados Unidos y en Inglaterra. Rusia saca el dinero de las bancas alemanas y francesas. Son los «animales feroces de todos los países que sacan provecho de la guerra» de que nos habla Bjørnson. Pero estas bancas americanas, inglesas, alemanas y francesas, las componen centenares de miles de capitalistas, grandes ó chicos, individuos-electores que tienen sus representantes respectivos en los Parlamentos, y estos representantes, aliados á los de los comerciantes interesados en que la guerra continúe, accionistas de las minas de carbón, fabricantes de cañones y de explosivos, etc., forman, no titubeamos en afirmarlo, una fuerte mayoría en todos los Parlamentos, capaz de contrarrestar el esfuerzo y el interés de las minorías parlamentarias europeas más afectas á los intereses de la paz. Si los pueblos esperan la intervención propuesta «únicamente» de los debates que esta cuestión provoque en los Parlamentos, la causa de la paz está perdida. El cuatro ó el cinco por ciento que las bancas perciben por los capitales prestados es suficiente—amén de la amenaza de no ser reelegidos—para amordazar cualquier veleidad humanitaria que pudiese manifestar la mayoría de representantes en los parlamentos europeos, aparte que esperar lo todo de ellos significa ya de por sí debilidad en la opinión pública, desconfianza en los propios esfuerzos y anulación de muchas energías. La neutralidad de las grandes y pequeñas naciones, «hipócrita y vergonzosamente violada» por ellas, apoya nuestra afirmación. Si los Parlamentos no han intervenido para mantener esta neutralidad violada, de qué se queja el escritor susodicho, tampoco intervendrán, «motu proprio», para que cese la guerra. Sería contrario al interés económico, que priva sobre todos los demás, de sus representados. Forcemos, violemos este interés. ¿De qué modo? Pues hablando, según la gráfica expresión de Kropotkin, «directamente al Capitalismo», y no dirigiéndonos á sus representantes que tienen medios y habilidad sobrada para escurrir el bulto. Hagan lo que quieran las minorías parlamentarias; si su acción coincide con nuestros propósitos de paz, tanto mejor. Nuestro deber consiste en ilustrar y encauzar la opinión pública, mejor dicho, la clase obrera, para que obre é «influya» de tal modo con «su obra» sobre la totalidad parlamentaria que «la obligue»—lo cual es muy distinto de «pedírselo»—á intervenir en esta lucha en el sentido de hacerla cesar. Los trabajadores de Holanda, de acuerdo con las asociaciones obreras de Londres, París, Bruselas, Ginebra, Milán, Roma, Viena, Berlín, Bohemia, Amsterdam y la Haya, se han dirigido á los obreros españoles para efectuar un día de protesta internacional—15 Enero—contra la guerra. Secundemos sus esfuerzos, y una vez más acordémonos de que en esta cuestión, como en todas las que tan directamente afectan al proletariado, «la emancipación de los trabajadores ha de ser obra de ellos mismos». — N. DE R.

### El momento psicológico

**Bjørnstjerne Bjørnson**

Esta frase está consagrada ahora en todas las lenguas.

Cuando el diputado francés M. Juan

Jaurés propuso invitar simultáneamente, en todos los parlamentos, á los respectivos gobiernos á esforzarse para poner fin



á la guerra entre Rusia y el Japón, que toda la Humanidad encuentra insoportable por su carnicería inaudita y sobre todo quizá porque tiene como teatro el territorio neutral de un gran pueblo pacífico, territorio que precisamente, es el objeto de la lucha, entonces fueron muchos, con seguridad, los que sintieron la poderosa equidad de semejante proposición. Pero la mayor parte sintieron sin duda también que el «momento psicológico» no se había presentado aún. M. Jaurés se había precipitado.

Á la hora actual está destruido Port-Arthur, la flota rusa anclada en su puerto está también destruida, el ejército que debía socorrer la plaza ha sido detenido y derrotado; la flota que ha de ir en su auxilio no está á la altura de su misión; la opinión pública favorable á la paz, toma en Rusia caracteres amenazadores.

¿Habrá llegado ahora el momento «psicológico»?

Se objeta en los parlamentos de los pueblos civilizados que hay que evitar el intervenir en las cuestiones ajenas. La guerra no nos concierne.

En realidad, concierne directamente á todos los pueblos, y de un modo especial á los pueblos marítimos. Los últimos sufren diariamente grandes pérdidas. Pero aun no sufriendo directamente las consecuencias de la guerra más que los dos pueblos que luchan, ¿las pérdidas indirectas que sufre toda la Humanidad civilizada no son suficientemente grandes?

¿No hay que contar la disminución del desarrollo del mercado, del trabajo, por una serie de años? ¿No podemos añadir á ello las pérdidas morales? ¿La brutalidad en la manera de pensar, el vaho de sangre que llevan á los hogares los huracanes que se desencadenan en la Manchuria con el virus de la manía criminal ejerciendo actualmente sus estragos alrededor de un pueblo antiguo, civilizado y pacífico que no ha hecho mal á nadie; el sentimiento de inseguridad que da el

hecho de ver poco menos que reducido á la nada, por la rapacidad de un momento, el trabajo milenar á favor de la equidad y la justicia, no son pérdidas excesivamente grandes? Sólo el dinero y la espada son los supremos árbitros, quedando suprimido el individuo; no hay más que masas que viven y que pisotean ó que mueren. ¿No constituye ello un atraso? ¿No disminuye nuestra fe en el porvenir? Lo mismo que en una familia cuando uno de sus miembros cae, se resiente aquella de la caída.

La guerra nos interesa á todos. Tenemos el derecho de intervenir.

Pero se objeta que los beligerantes rehusaron anticipadamente toda intervención, sin darse cuenta. ¿Es esto cierto? Cuando llega el momento psicológico, á menudo lo que antes parecía humillante se convierte en aceptable.

Por lo demás los parlamentos tienen un medio para evitar la guerra, lo quieren ó no los beligerantes, y es pedir la aplicación rigurosa de la neutralidad, que hoy es vergonzosa é hipócritamente violada por las grandes como por las pequeñas naciones. Si los beligerantes no obtienen préstamos en metálico, si no obtienen carbón, si no encuentran municiones ni buques, ó dicho en otras términos: *si la guerra no es sostenida por los de fuera*, terminará.

Todos los pueblos civilizados creen firmemente que ahora es necesario que la guerra cese. Depende, pues, de sus parlamentos atreverse en manifestar esta voluntad.

Hay en todos los países animales feroces que sacan provecho de la guerra, teniendo igualmente sus representantes en los parlamentos y cuentan con una prensa potente; probarán una contramaniobra. Pero si ahora tenemos una Liga de la paz en todos los parlamentos, ha llegado pues el momento de realizar las calurosas palabras de fiestas. Pero si esto no tiene éxito, es allí donde debe

librarse  
Que  
narse  
nidad.  
más an

La a

La a  
fué la  
ción. S  
mayor  
rural c  
esta ab  
vió de  
las vic  
Por  
sobre  
puede  
Revol

Vin  
de los  
declar  
truye  
en el  
ción  
abolió  
feudal  
más,  
muy r  
dader  
milab  
mante  
no los  
señor  
térmi  
su val  
Así  
feudal  
más i  
los co  
Sin  
de A



librarse la batalla y es preciso empezar.

Que cada Liga se esfuerce en relacionarse con las otras para obrar en comunidad. Ningún parlamento, ni aun los más antiguos, han tenido que resolver

una cuestión más hermosa ni más fecunda.

Si la resuelven, conquistarán al mismo tiempo una fuerza y un poder que les pertenecerá para siempre.

**P. Kropotkin**

## La abolición de los Derechos feudales

### III

La abolición de los derechos feudales fué la principal obra de la gran Revolución. Sobre este terreno se libraron los mayores combates, tanto en la Francia rural como en París, en la Asamblea, y esta abolición fué lo que mejor sobrevivió de la Revolución, á pesar de todas las vicisitudes políticas del siglo XIX.

Por esto vamos á dar algunos detalles sobre este tema. Sin conocerlo no se puede comprender lo que fué la Gran Revolución.



Vimos ya que si el artículo primero de los decretos de Agosto llevaba esta declaración: *La Asamblea Nacional destruye por completo el régimen feudal*, en el fondo no fué más que una declaración de principios. La Asamblea no abolió sin rescate sino los derechos feudales *personales*. Tocante á los demás,—los derechos *reales*, que eran muy monstruosos, y que tenían un verdadero valor para los señores—los asimilaba á las rentas territoriales y los mantenía intactos. Mientras el campesino no los rescatara, tenía que pagarlos al señor, pero la Asamblea no puso un término al rescate ni determinó siquiera su valor.

Así es que lejos de abolir los derechos feudales, la Asamblea sancionaba los más importantes y los más pesados y los colocaba además bajo su protección.

Sin embargo, los decretos del 4 al 11 de Agosto eran tan confusos que se

nombró un comité—el comité feudal—para que prepara un informe detallado sobre dicho particular.

Este informe dióse en Febrero de 1790 y los nuevos decretos que fueron votados por la Asamblea Nacional á consecuencia del informe, desde el 28 Febrero y el 5 Marzo, estaban de tal modo imbuidos de un espíritu esencialmente propietario, que no hicieron sino empeorar la situación de los campesinos. Esta fué (se ve por los documentos de la época) la opinión de todos los que entonces quisieron la abolición del feudalismo. De estos decretos se habló como del *restablecimiento del feudalismo*.



Por de pronto, la distinción entre los derechos *honoríficos*, abolidos sin rescate, y los derechos *útiles*, que los campesinos debían rescatar, fué mantenida y confirmada por completo; y lo peor que varios derechos feudales personales fueron «enteramente asimilados á las *rentas y cargas territoriales*» (ley del 24 Febrero, art. 1.º: tomo los datos del *Mercur de France*, comprobados con lo que dice Dalloz, etc.) Así los derechos que constituían una usurpación, un vestigio de la servidumbre personal y que por este origen debían haber sido condenados, se hallaron sancionados por la nueva ley y colocados bajo el mismo pie que las obligaciones resultantes del alquiler del terreno.

El señor feudal—hasta cuando perdía



el derecho de «embargo feudal» (art. 6), —podía ejercer violencia de toda clase, según el derecho común, contra los que no pagaren estos derechos. El artículo siguiente se apresuraba á confirmarlo en estas palabras: los derechos feudales y censuales, así como «todas las ventas, rentas y derechos rescatables por su naturaleza, estarán sometidos, hasta su rescate, á las reglas que las diversas leyes y costumbres del Reino han establecido».

Peor que esto. En la sesión del 27 Febrero la Asamblea confirmó, para un gran número de casos, el derecho civil de manomuerta, basándose en el motivo, ó mejor dicho, pretexto, «que en general la manomuerta real saca su origen de una concesión cualquiera, á la que el señor ha aplicado la condición de manomuerta».

De tal modo tenía empeño la burguesía en conservar esta herencia de la servidumbre, que el título IV de la ley toleraba que «si la manomuerta *real ó mixta* se convirtiese, en el momento de su emancipación, en censos territoriales y en derechos de leyes de mutaciones», estos censos serán válidos.

En general, cuando se lee la discusión de la ley feudal en la Asamblea, se pregunta uno si en realidad estas discusiones tuvieron lugar en Marzo de 1790, después de la toma de la Bastilla, del 4 Agosto, del 6 Octubre y de la Jacqueria de Julio de 1789, ó bien en los comienzos del reinado de Luis XVI, en 1775.

Así vemos que el 1.º de Marzo se abolieron sin indemnización ciertos derechos «de fuego...camada, derechos de acecho y de guardia» (las ranas de que hemos hablado) así como ciertos derechos sobre compras y ventas, que se creían abolidos sin rescate desde la noche del 4 Agosto.

En realidad no lo fueron: en 1790, legalmente, el campesino no osaba aún, en buena parte de Francia, comprar una vaca ni siquiera vender su trigo sin pagar derechos al señor.

Se nos dirá que, al fin, estos derechos fueron abolidos el 1.º de Marzo, así como los derechos que el señor percibía sobre el horno banal, el molino, la prensa... No tan aprisa como se cree... *Excepto* aquellos derechos que antes fueron objeto de un convenio escrito entre el señor y la comunidad de campesinos, ó que fueron reconocidos pagaderos á cambio de una concesión cualquiera.

Paga, campesino, paga siempre, y no intentes ganar tiempo, pues contra tí se echará la violencia inmediata, que no podrás evitar si no ganas antes el pleito ante un tribunal.

Se resiste uno á creerlo, pero es así.

Por lo demás, véase el texto del artículo 2 de la ley feudal. Es un poco largo, pero vale la pena de reproducirlo para que se vea qué servidumbres la ley feudal del 24 Febrero-15 Marzo de 1790 dejaba pesar aún sobre el campesino:

«Art. 2.—Se presumen rescatables, salvo prueba en contra (lo que equivale á decir: «el campesino los pagará hasta que los haya rescatado»):

»1.º Todos los censos señoriales anuales, en dinero, granos, volátiles, géneros, frutos de la tierra, servidos con la denominación de censuales, sobrecensos, rentas feudales señoriales ó enfitéuticas, primicias de las mieses, terrazgo, servidumbres corporales, ó bajo cualquiera otra denominación, que se pagan ó son debidas por el propietario ó poseedor de un fundo, mientras es propietario ó poseedor y á tenor de la duración de su posesión.

»2.º Todos los derechos casuales que, con el nombre de quinto, requinto, terdenarios, laudemios y terdenarios,



laudemios y ventas, medios-laudemios, rescates, alcabalas, reconocimientos, pleiteajes y otras denominaciones, son debidos á causa de las mutaciones de la propiedad ó posesión de un fundo.

»3.º Los derechos de *acaptas*, y otros semejantes debidos á la mutación de los antedichos señores.»

El día 9 de Marzo la Asamblea suprimió diversos derechos de peajes sobre caminos, canales, etc., percibidos por los señores, pero inmediatamente después se apresuró á agregar:

«Sin embargo, la Asamblea Nacional no entiende comprender presentemente en la supresión pronunciada en el artículo precedente los arbitrios autorizados... etc., y los derechos del artículo justamente mencionado *que pudiesen haber sido adquiridos como indemnización.*»

Esto significaba que muchos señores habían vendido ó hipotecado algunos de sus derechos, ó que habiendo recibido el heredero, en las sucesiones, la tierra ó el castillo, los demás hijos, sobre todo las hembras, habían recibido *como indemnización* determinados derechos de peaje sobre los caminos, los canales ó los puentes. En estos casos *todos estos derechos quedaban subsistentes, aunque reconocidos como injustos*, porque de otro modo hubieran ocasionado una pérdida á multitud de familias nobles y burguesas.

Y de casos parecidos estaba plagado toda la ley feudal. Á cada abolición se había dejado una puerta de escape para escamotearla, materia de pleitos interminables.

No hay más que un punto en que se sienta el soplo benéfico de la Revolución; es cuando se trata de diezmos. Así se observa, con placer, que todos los diezmos

eclesiásticos y enfeudados (pertenecientes á los laicos) cesaron de percibirse para siempre á partir del 1.º Enero 1791. Pero aun aquí la Asamblea ordenó que durante el susodicho año 1791 serían pagados á quién fuese de derecho y «con exactitud».

Sin embargo, no hemos terminado aún. Precisaba imponer una penalidad á los que no obedecieran estos decretos y la Asamblea, en la discusión del título III de la ley feudal, decretó:

«Ningún Municipio, ninguna administración de distrito ó de provincia podrá prohibir, so pena de nulidad, *de ser tomada en causa y obligado á indemnizar*, la percepción de ninguno de estos derechos señoriales y cuyo pago será *reclamado*, bajo el pretexto que se hallarán implícita y explícitamente suprimidos sin indemnización.»

Nada había que temer, sobre este particular, por parte de las administraciones del distrito ó de la provincia, pues que en cuerpo y alma estaban al lado de los señores y de los burgueses propietarios. Pero había algunos Municipios en que se habían hecho fuertes los revolucionarios y estos Municipios no dejaban de enseñar á los campesinos que tales ó cuales derechos feudales se hallaban abolidos y que podían negarse á pagarlos si el señor los reclamaba.

Con el susodicho decreto se ataba de manos á los ediles rurales, pues so pena de verse embargados y perseguidos no se atreverían en adelante á abrir los ojos á los campesinos, á los cuales, en lo sucesivo, no les quedaba más derecho que pagar (en caso de negarse, los municipios procedían al embargo) y reclamar á su señor... que probablemente se hallaba bien lejos, una indemnización que no venía nunca.

(Continuará.)



## La ley de las 10 horas (en Francia) y sus consecuencias

Los reformistas que del Estado burgués únicamente esperan mejoras en la suerte de los trabajadores, y que, en fuerza de muchas promesas, logran que éstos descuiden ocuparse ellos mismos de su propia suerte, se guardan muy bien de decirles, é interesados motivos tienen para ello, que todas estas «leyes obreras» no son ni pueden ser aplicadas, y que las más de las veces perjudican á los mismos á quienes pretenden de fender.

La causa estriba en que, como hemos demostrado sin cesar los anarquistas, no puede tocarse impunemente un rodaje cualquiera de la actual sociedad sin correr el riesgo de comprometer la marcha de la máquina entera, hasta el extremo de que leyes hechas por los burgueses para conservarse ellos mismos ante las acometidas de la carne de taller, suelen convertirse, la mayor parte de las veces, en perjudiciales para los mismos que pretendían proteger.

No es flojo el número de veces que he tenido ocasión de citar hechos concretos y terminantes suministrados por los mismos interesados. Jueces y partes interesadas podrán habérmelos tachado de parcialismo, pero esta vez voy á apoyarme en un informe oficial suministrado por los inspectores del trabajo, encargados de hacer «respetar» las leyes obreras, y demostraré de nuevo cuán nocivas son estas «leyes obreras» á los trabajadores cuando se trata de aplicarlas.

Trátase más especialmente de la aplicación de las leyes «sobre el trabajo de los niños y de las mujeres y sobre la duración del trabajo de los adultos».

Dejaré á un lado cifras englobadas y demás estadísticas, muy á menudo arbitrarias, contenidas en el informe, y que, por comparación, se les puede hacer de-

cir lo que se quiera. No citaré más que hechos particulares, extraídos de los informes de los «inspectores del trabajo», afectos por completo al gobierno que les paga y que no pueden ser sospechosos de parcialismo contra las leyes que están encargados de hacer aplicar y respetar.

He dicho varias veces que la ley sobre la duración del trabajo había tenido, sobre todo, por resultado, desarrollar el trabajo á domicilio, que está menos remunerado al obrero. He aquí hechos:

«El señor Inspector de división de Limoges ha comprobado que al acercarse el vencimiento del 30 de Marzo 1904 no ha hecho más que aumentar, en el radio de su inspección, el aumento del régimen de los talleres de familia, y señala que en la industria de lencería, sobre todo, los industriales suministran á las familias campesinas máquinas de coser y que á menudo estas máquinas se las prestan sin interés ninguno, pero sí con la obligación de trabajar únicamente para la casa que se las suministra. Existen fábricas de sacos de papel, de muselina, de pasamanería y de bordados, que usan en competencia el trabajo del taller con el trabajo á domicilio. ESTA COMBINACIÓN TIENE POR EFECTO HACER BAJAR LA TASA DE LOS SALARIOS».

Esto es claro y sin ambigüedades. Véase ahora un párrafo del informe de otro inspector, que no es menos concluyente:

«En el departamento de Saône-et-Loire, hay *empresarios de bordados que pagan á precios ínfimos la mano de obra efectuada á domicilio*. En la misma provincia se han organizado con este régimen los tejidos de seda y los telares suministrados por los industriales, *que de este modo aumentan la producción*



de sus fábricas. Los torneros de madera se han instalado igualmente en el Jura, con alquiler de fuerza motriz, y se fundan un poco en todas partes talleres de familia para la fabricación de los tejidos de lana. En suma: en la región de Dijón se observa un aumento general de este modo de trabajo».

El inspector de Lille señala asimismo los abusos que se producen en dicha región:

«Las causas de esta reconstitución del taller familiar son evidentes: *escapar á la fijación de la duración del trabajo, substraer los niños á la obligación de esperar la edad de admisión reglamentaria*. En apoyo de esta opinión conviene citar un hecho característico. A consecuencia de un proceso incoado en una fábrica de mercería, por haber empleado niños y niñas de menor edad que la reglamentaria en el trabajo de las máquinas de coser movidas por pedales, el industrial fué condenado. Tan pronto conoció éste la sentencia cerró el taller, donde había una treintena de mujeres y de niños ocupados; las máquinas fueron transportadas á casa de las obreras y *desde entonces pueden trabajar impunemente niñas de diez á doce años, durante doce ó quince horas diarias, al lado de sus madres ó hermanas*.

»Este mismo hecho trae consigo otra consecuencia: debido al exceso de trabajo que se han impuesto las obreras, éstas han logrado ganar algo más de lo que ganan las que trabajan en los talleres (1); y estas últimas, atraídas por la mayor ganancia, han abandonado las fábricas hasta el punto de rarificar la mano de obra y motivar quejas por parte de los tejedores.

»Por otro lado, temen los inspectores que, al amparo de este régimen, se crearán cada día más pequeños talleres, que el servicio de inspección no podrá des-

cubrir tan fácilmente y *en los cuales la ley será letra muerta*».

El inspector de Elbeuf señala hechos idénticos y el hecho, además, de obreras que ganan una media de 7 céntimos por hora, y, las más afortunadas, de 10 á 18 céntimos.

El inspector de la circunscripción de Tolosa — y ya se va viendo que estos inconvenientes de la ley no son especiales de una región, sino que son de orden general — menciona, asimismo, los inconvenientes y los abusos del trabajo á domicilio, que ha aumentado casi en todas partes, «sobre todo en los grandes centros, donde muchos almacenes de confecciones y de mercería y los sastres dan trabajo para fuera. Estos talleres, *donde muy á menudo mujeres y niños pasan la noche trabajando ó trabajan un número indeterminado de horas*, según sea el trabajo más ó menos urgente, nos son casi enteramente desconocidos y nos parece difícilísimo hacer que intervengan en ellos las leyes de protección, ni siquiera la relativa á la higiene, sin que se incurra en violación de domicilio».

La confesión es clara; la ley se halla aquí impotente, y es lo que no hemos cesado de decir los anarquistas antes y después de promulgada. Los inspectores de las circunscripciones de Lyon y de Marsella señalan también hechos idénticos. Creo inútil repetir al infinito estas citas.

Queda, pues, bien probado que, desarrollando el trabajo á domicilio, la famosa «reforma», consistente en la ley sobre la *duración del trabajo de los niños y de las mujeres*, ha empeorado la suerte de los que quería proteger, pues que el trabajo se ha vuelto más penoso, más largo y menos retribuido.

Pero veamos ahora los resultados de la ley en lo que se refiere más particularmente al trabajo de los niños, de qué modo se aplica, y, sobre todo, de qué ar-

(1) Pero trabajando 12 y 15 horas; no hay que olvidarlo.



dides se valen los patronos para eludirla.

Recordaré al lector que la ley de 1903 prohíbe el empleo de niños menores de 13 años en la industria. He podido comprobar por mí mismo que esta ley no se aplica en ninguna parte. Veamos lo que de ella piensan los señores inspectores encargados de hacerla aplicar y respetar. He aquí lo que dice el informe que sobre dicho particular estoy analizando:

«La demasiado grande escasez de visitas del servicio no permite prevenir siempre el empleo abusivo de los niños menores de 13 años. A menudo esta ley no es conocida hasta que denunciemos alguna infracción en el curso de nuestro servicio. Otras veces es cuando ocurren accidentes que se puede comprobar su infracción. En todos los casos las infracciones de esta naturaleza las denunciaremos con todo rigor».

Los patronos emplean astucias diversas para eludirla, y los obreros, en la mayoría de los casos, se hacen cómplices de sus astucias, á fin de no verse despedidos.

He aquí una que señala el inspector de la circunscripción de Lille, observada en una vidriería:

«Un timbre eléctrico advierte al personal empleado la llegada de los inspectores; entonces los niños desaparecen por una trapa y quedan encerrados en una cueva durante el tiempo de la inspección. A fin de estimular á los niños para que se escamoteen ellos mismos lo más rápidamente posible, se otorga al que primero se esconde una prima en dinero, así que es difícil, por no decir imposible, llegar á tiempo para sorprenderles trabajando. El director fué condenado á 25 fr. de multa, por *obstáculo*».

Por este precio el patrono no tiene más que recomenzar el juego.

Véase otro caso peor aún:

«En la alcaldía de San-Souplet (Norte) se distribuían, desde 1893, partidas de nacimiento inexactas á los niños del país

que no tenían la edad reglamentaria, y á los que de otros municipios y provincias las solicitaban. Descubierta esta superchería que duraba hacía ya once años (20 niños fueron encontrados poseedores de estas falsas partidas de nacimiento), hemos incoado un proceso verbal por *obstáculo* que ha dado por resultado que el industrial y el alcalde fuesen condenados al máximo, ó sea 500 francos de multa, pero apelaron al Supremo y éste ha absuelto al industrial, arrojando toda la responsabilidad sobre el alcalde.»

Son hechos *comprobados* que confirman ampliamente la ineficacia de la ley de un modo casi permanente.

Pero hay otro hecho no menos grave, y es, que allí donde los patronos no logran eludir la ley, se niegan á tener aprendices, á fin de hacer trabajar á los adultos 12, 13 y más horas diarias.

He aquí, entre muchos, unos cuantos hechos por el estilo comprobados por los inspectores en la región de París:

«Un fabricante de bastones que ocupa 25 obreros, ha despedido definitivamente á sus aprendices para tener la posibilidad de efectuar 11 y 12 horas de trabajo de un modo continuo.

«En la sección del inspector Sr. Bourceret, varios industriales han adoptado la costumbre de despedir á sus aprendices cuando vense obligados á tener ocupado el personal adulto más de 10 horas y media.

«El inspector de Friedberg señala que en una fábrica de motores á gas y en dos de automóviles, han sido despedidos 12, 15 y 40 niños aprendices.

«El inspector de Limoges participa en su informe que importantes talleres de Montlusion, que en 1899 ocupaban 102 niños, en 1902 ocupaban tan sólo 26 en los laminadores; las direcciones de estos talleres se han enterado de que es lo que se entiende por «locales distintos» y han preguntado si sus talleres de laminar in-



dependientes de los demás talleres, pero no separados, pues que se hallan en un vasto patio, pueden ser considerados como aislados. Si se les responde negativamente sacrificarán á los aprendices.»

Observaciones de la misma clase se han hecho asimismo en la circunscripción de Dijón:

«Cuando la presencia de los niños hace obligatoria la reducción del trabajo de los adultos, no tan sólo se les despiden ó aísla, como se hacía antes, sino que siguiendo un nuevo sistema, muy generalizado, se les hace pasar momentáneamente de un taller á otro.

«En una fábrica de la Côte-d'Or, donde se hallan reunidos una fundición de segunda fusión y dos talleres de construcción mecánica, se hace trabajar á los aprendices en la fundición cuando el trabajo de los mecánicos tiene que ser de más de 10 horas y media, y *viceversa* si es en la fundición que el trabajo urge.»

El inspector de la división de Rouen señala en su circunscripción que *desde este punto de vista la situación no ha empeorado, debido á que la legislación de 1900 se halla muy atenuada en su aplicación*. Estas observaciones confirman la posibilidad de retener los niños en el taller por medio de mayores facilidades de trabajo acordadas á los industriales.

«Poniendo en vigor los decretos del 4 Julio 1902, del 14 Agosto 1903 y 28 Marzo 1902, que han hecho extensivas en gran manera las derogaciones que previenen las leyes de 1892 y de 1848, facilitan, en la industria de la edificación especialmente, conservar ó emplear los pequeños peones. En fin, la interpretación dada por el Tribunal de casación á los términos «mismos locales,» contenidos en el art.º 2.º de la ley de 30 Marzo 1900, ha permitido á ciertos patronos, gracias al aislamiento del personal protegido ó del personal adulto, dar á la

jornada de trabajo una mayor duración.»

Todo lo cual equivale á decir que casi no queda nada en pie de todo este farrajo de prohibiciones legislativas.

Podría multiplicar estas citas (1), pero las apuntadas me parecen más que suficientes para demostrar una vez más que, lejos de proteger á los niños empleados en la industria, la ley les impide, en muchos casos, aprender el oficio que ha de permitirles vivir más tarde, y obliga á los padres á extenuarse más horas en el trabajo en espera del día que sus hijos puedan entrar á su vez en el taller. Examínese la ley bajo cualquiera de los aspectos que se quiera, y se verá enseguida que es más nociva que protectora. Si al arrojar la infancia de los talleres se les diera la posibilidad de perfeccionar los rudimentos de instrucción que ha podido adquirir en la escuela, el mal sería á medias. Pero no es así, pues que los padres necesitan la ayuda de sus hijos mayores para ir subiendo á los menores, y envíanlos primero á hacerse explotar en trabajos inferiores que no les permitirán ganarse la vida cuando lleguen á su edad adulta.

Como se vé, el análisis, siquiera sumario, tal como acabo de hacerlo, de estos informes sociales, confirma en todos los puntos las críticas que diferentes veces he formulado sobre esta gran reforma llamada ley de las diez horas.

Destaca muy bien que son mayores los inconvenientes que las ventajas, pues que desarrollando el trabajo á domicilio,

(1) El lector que quiera ilustrarse mayormente sobre el particular, hallará buen golpe de hechos demostrativos de estos escamoteos legales, de esta impotencia de la legalidad protectora y aun de todo el reformismo en general, sea en la esfera del trabajo ó en la de toda la vida social, en el librito *«Competencia ó Solidaridad?»* que se halla de venta en nuestra administración. La impotencia del «reformismo político» es general, no se halla localizada en tal ó cual nación por deficiencias de tales ó cuales leyes. Como dice muy bien Delesalle, no es un rodaje de la máquina, es todo el edificio social burgués, es toda la organización político-capitalista del trabajo lo que hay que echar abajo. — N. DE R.



menos remunerado, obliga á las mujeres á aumentar el número diario de horas de trabajo para recobrar el salario perdido; que el trabajo á domicilio no es ventajoso más que á los patronos que hallan un amplio beneficio en la disminución de los gastos generales necesarios para el mantenimiento de un taller.

Que para los niños que pretende proteger, allí donde la ley no se elude, se traduce en último término en una agravación de su situación, arrojando buen número de ellos en el gran ejército de los trabajadores sin calificación, eternos sin-trabajo, los más miserables de todos los proletarios.

Tales son los resultados producidos

por esta gran reforma de la ley de las diez horas. Insistir sería inútil.

Nada, absolutamente nada tienen que esperar los trabajadores de una ley para obtener disminuciones de su tiempo de trabajo. Únicamente cuando ellos quieren, cuando sepan imponerla á sus patronos, su jornada de trabajo podrá disminuir. Únicamente entonces habrán dado un paso hacia su emancipación, pues una vez más es verdadera la fórmula: «la emancipación de los trabajadores ha de ser obra de ellos mismos.»

Lo demuestra, como acabamos de hacer observar, la impotencia de las leyes llamadas de protección obrera.

*Temps Nouveaux*, París. Diciembre 1904.

**Francisco Castro**

## El Amor y la Naturaleza

La hipocresía social ha prostituído una necesidad orgánica. El aislamiento de ambos sexos; su educación completamente opuesta; su misión social tergiversada en principios por el proceder brutal de las sociedades pasadas, ha substituído, merced á la opresión y á la obra continua de la literatura mercenaria, la resultante de un acto vital por una frase que aísla una manifestación de la materia, substituyéndola, contra la realidad de los hechos, por un estricto afecto del espíritu.

Y como todos los prejuicios psíquicos-sociales encuentran defensores en la *virtud* ignorante de las masas, el amor, elevándose á un idealismo verdaderamente utópico, conduce á sus partidarios á la negación absoluta de las leyes naturales por la admisión de ese absurdo basado en el asentimiento de la mayoría de los hombres y que relega su causa productora á último término sin más lógica que una voluntad mal empleada ó los actos de un cerebro enfermo, efecto pernicioso del tradicionalismo literario.

Así oímos diariamente afirmar que éste es un sentimiento independiente de todo placer sexual, capaz de germinar sin pensar en satisfacción material alguna y en síntesis: una pasión ajena á todo materialismo y cuyas causas psíquicas no guardan relación con las que impelen al organismo á la consumación de sus placeres físicos ó también un sentimiento artístico (1) que como tal se localiza y tiende á separarse del verdadero sensualismo presentándose con intermitencias voluntarias en conformidad con la finalidad preconcebida.

La circunstancia de encontrarse sometido á la influencia de los agentes físicos, como el calor ó á la constitución de los individuos en los cuales se manifiesta, hace que éste caiga por completo en el materialismo el cual rehuyen no pocos radicales más que por temor de la aproximación á la «bestia», por las deducciones alarmantes contra este plato-

(1) Schopenhauer lo da á entender así en su opúsculo *El amor*, pero se presta á interpretaciones muy diversas. Mi desconformidad con él es absoluta.



nismo, sentimiento ó como queramos llamarle que participa de un misticismo semireligioso y que domina hoy por autosugestión, desconocimiento ó falta de observación de las sensaciones fisiológicas percibidas á partir del momento de la concepción y el tiempo que media entre ésta y su traducción en hechos.

En realidad, el amor no es un afecto inexplicable capaz de ocasionar modificación sensible en los caracteres de los hombres. No nace, existe cuando el organismo funciona normalmente y se trasluce con motivo de una impresión visual (generalmente así sucede), dando lugar á una excitación nerviosa que, al adquirir mayor amplitud, pugna á manifestarse una vez lo cual cesa para empezar de nuevo.

En ésto, el individuo obra por imperiosa ley de la naturaleza y dependiendo únicamente de ésta, sin agentes exteriores las gradaciones se verificarían aunque inconscientemente.

Que no depende del grado más ó menos grande de cultura ni que es un afecto superior que se superponga á los egoísmos de los hombres, le vemos palpablemente en el considerable número de mujeres seducidas y que el descenso pasional ha motivado su abandono ¡qué diferencia en los procedimientos si al terreno

intelectual perteneciera! No se daría un sólo caso en que un marido se sintiese indiferente las más de las veces, déspota, cruel y despiadado otras, y amoroso, afable y tierno cuando á la satisfacción sexual aspira. Por sí mismo se hubiera impuesto al falso honor salvando en su impetuosidad los obstáculos sociales y en buena lógica, no motivaría el golpeamiento del objeto amado y la ofuscación de la inteligencia que convierte á cualquiera de ellos en esclavo ó tiranizado por su efecto hubiera desaparecido y lo que es esencial y contundente: *en vez de enfriarse con los años aumentaría en intensidad* contra la realidad de los hechos.

Para nosotros y basándonos en la significación harto elocuente de la vida, no es más que los procedimientos que empleamos para satisfacer una necesidad orgánica y si en algunos llega voluntariamente y por la lectura de obras sentimentales á una prostitución cerebral muy pronunciada que determina una ataxia especial del pensamiento, sólo tiene lugar — así el examen lo manifiesta — en individuos en los cuales los nervios ópticos, el centro psicoóptico ó el erector funcionan normalmente puesto que la lesión ú atrofía de estos órganos, imposibilita al individuo para la realización de los fines del amor.

**Luis Fabbri**

## La libertad

Todas las revoluciones precedentes han sido en parte víctimas de equívocos, estoy por decir de juegos de palabras, con los cuales, los más ingenuos, la mayoría más interesada en el triunfo completo de las nuevas ideas, han sido engañados más ó menos inconscientemente por el tumultuoso ventolear de las banderas, por el deslumbrante centelleo de los colores, por la resonancia entu-

siasmadora de las palabras. Por las palabras, por los colores y por las banderas, por las apariencias externas, los revolucionarios olvidaron demasiado á menudo la realidad: la palabra mataba la cosa, el símbolo anulaba la idea. Así ha sucedido que los escasos defensores de los viejos regímenes ó los revolucionarios á quienes una solución demasiado radical metía miedo, disfrazaron, hasta sancio-



naron, con las palabras de la nueva idea, la vieja institución; y en nombre de la fraternidad se ha oprimido á los pueblos, y en nombre de la igualdad se ha codificado el predominio de una clase sobre otra, y en nombre de la libertad se ha enviado al patíbulo á los más lógicos continuadores de la revolución.

Ha llegado el momento de que cese tanto equívoco, de que los revolucionarios sean verdaderamente positivistas y que para el triunfo del propio objetivo, para la emancipación integral de las tiranías política, económica y religiosa, miren más á la substancia que al nombre, más á la idea que al dogma hacia el que tienden á fosilizarlo los secuaces de cualquier idea.

En estos momentos se ha hecho más aguda la lucha contra las supervivencias místicas y religiosas en el espíritu y en las instituciones contemporáneas, se ha vuelto á encender más violenta la guerra á impulsos de las múltiples necesidades del progreso social contra las religiones y sus sacerdotes; este movimiento, en suma, de todas las fuerzas revolucionarias que, queriendo ó no, chocan contra el clericalismo, obstáculo siempre renaciente al paso de la revolución social; este movimiento, repito, ha despertado nuevamente las tentativas de los reaccionarios para atraernos otra vez hacia el secular equívoco, con el mismo miserable juego de siempre, semejante al del torero con su capote, á fin de dar más fácilmente en tierra con el enemigo.

Somos los enamorados más ardientes de la libertad, però he ahí que especulando con nuestros amores, los enemigos seculares más feroces y venenosos de la libertad, los sacerdotes de la religión más reaccionaria que mente de cura pueda inventar, los carceleros de Campanella, los torturadores de Galileo, los verdugos de Bruno, los compiladores del *Syllabus*, tienen la audacia, cuando el soplo de los tiempos comienza á conmo-

ver su óseo imperio, de lloriquear una protesta en nombre de la libertad, de su libertad. Saben que esta palabra maravillosa causa un mágico efecto en nuestro corazón, como un nombre de mujer amada y deseada en los juveniles años y cuya evocación logra siempre arrancarnos alguna concesión.

Es necesario huir de esta sugestión nacida del equívoco. ¿Qué diríais si un bandido que os ha asaltado por el camino y al que lograsteis echar la mano al cuello y atar los brazos, protestase de vuestra violencia en nombre de la libertad, de su libertad de asesinar al prójimo? Pues bien, la libertad que hoy invocan los curas es precisamente la libertad de negar, impedir y esclavizar nuestra libertad. La una excluye á la otra: entre la nuestra y la suya es natural que optemos por la nuestra y que se anule la suya.

Pero, ¿es cierto existan dos libertades? No. La libertad es una, es aquella sancionada hace un siglo en la declaración de los derechos del hombre: la libertad que tiene por único límite la libertad misma; *la libertad de un individuo comienza donde acaba la libertad de otro ciudadano*. No es esta, ciertamente, la verdad escrita en los evangelios de las religiones, querida por los sacerdotes de la fe en lo inverosímil. Con los curas no hay más libertad que la suya, la libertad del tirano á imponer su voluntad, la libertad del impostor á hacer creer á la fuerza sus embustes, la libertad de un manipulador de venenos á envenenar las fuentes de la vida humana. Donde el cura es libre, los demás son esclavos; donde no hay esclavos, el cura desaparece. Del mismo modo donde hay patronos es lógico haya explotados, donde hay gobiernos es lógico que haya súbditos.

No nos enternezcamos, pues, si, ante nuestra acción revolucionaria antireligiosa y anticlerical, los jesuitas chillan



y vociferan que se les viola su libertad. Tengamos, al contrario, el valor cívico de no disimular nuestra acción y decirles: «Sí, os negamos y queremos quitaros la libertad de hacernos daño.» Torquemada y Loyola han torturado y amputado nuestras carnes y nuestro pensamiento durante siglos, y cuando estamos en vísperas de arrebatarnos las tenazas torturadoras y cortarles las uñas, ¿vamos á desistir de nuestra obra vencidos por un miserable juego de palabras?

El concepto de libertad tiene que cesar de ser lo que de metafísico y vaporoso se ha querido que tuviere; debe ser concreto y positivo. ¿Cuál es nuestro objetivo? Libertarnos de toda opresión, y, por consiguiente, también de la opresión religiosa, mística, de todos los sacerdotes de la tierra. Quitemos, por lo tanto, á estos la libertad, el poder de sugestionar con la mentira las inteligencias; arrebatémosle la educación de la infancia, anulemos su influencia sobre la mujer, combatamos su poder político y, sobre todo, disminuyamos cuanto sea posible su riqueza económica. Ya que no es posible aún, y lo prueba el hecho de que no ha sucedido, una revolución que permita directamente al pueblo cerrar sus escuelas y sus iglesias, abolir sus privilegios y expropiar sus conventos, sus casas y sus terrenos, ejercitemos por lo menos aquella acción revolucionaria que nos es posible: la presión directa, para que los gobiernos se laicicen cada vez más, para que se vean obligados por la ascendente marcha popular, á fin de poder mantenerse á flote, á arrojar por la borda sus peligrosos aliados, sin los cuales, es posible y hasta seguro que mañana el buque naufrague de igual modo, corriendo más fácilmente el riesgo de chocar contra los escollos, pero que queriendo conservar los curas á bordo naufragaría aún más rápida é ignominiosamente.

Educando el espíritu popular en esta «acción directa», de presión sobre los organismos políticos, obtendremos al propio tiempo el objetivo de animar con la activa gimnasia las fuerzas revolucionarias, constreñir á los gobiernos á quebrantar el clericalismo y en último término el mismo gobierno; se apasionará el pueblo en este objetivo y de este objetivo haremos otra energía propulsora y subvertidora cuando fuese dificultada y no secundada. Hablo hoy exclusivamente de la lucha anticlerical, pero se comprenderá fácilmente que de ningún modo entiendo que esta tenga que excluir y descuidar las demás cuestiones de emancipación política y económica, á las que la primera está íntimamente ligada y en las que ya se ha experimentado óptimamente nuestro método libertario de la acción directa.

Bajo la presión directa del pueblo el gobierno francés se ha decidido á dar un disgusto al Vaticano, y si el clericalismo se halla á mal traer en las orillas del Sena, no con el gobierno, no con Combes ó Loubet, sino con el pueblo, debemos alegrarnos de ello, por más que los resultados sean escasos y en gran parte aparentes, gracias á los trapisondos gubernamentales. Muchas congregaciones han sido arrojadas de Francia, pero aun existe una ley en virtud de la cual el pueblo tiene que desembolsar millones y millones por pagas á los curas, y se ha olvidado que las congregaciones sometidas á las formalidades legales republicanas continúan existiendo y causando daño y que las expulsadas y á las que no se les arrebataron los millones capitalizados con la usura y la explotación tienen siempre un arma y un excelente pasaporte para el retorno, sin contar que, como se dijo en el último Congreso socialista de Amsterdam, aquellas congregaciones no desarmadas de su dinero, si por el momento no perjudican tanto á Francia, perjudican lo



mismo al progreso civil en los países donde fueron á sentar los pies, aquí en Italia sobre todo. (1)

Pero, como el apetito viene comiendo, hay la probabilidad, y vivamente lo deseamos, que la Francia proletaria y revolucionaria no se duerma sobre sus escasos laureles y haga más difícil la situación embarazosa del clericalismo. Piensen mejor los proletarios de Italia y todos los hombres y partidos progresivos en colocarse en el mismo camino enérgico y resueltamente, sin dejarse engañar por el hipócrita llamamiento congregacionista á la libertad. Si el gobierno, para contentar y secundar el espíritu público promulgase leyes contra las instituciones clericales, precisamente porque no creemos en la eficacia benéfica de las leyes, no debemos elaborarlas y patrocinarlas ni contentarnos, pero tampoco, por un incauto y dogmático apriorismo tenemos que salir defensores de los curas porque la ley les hiera. Si la ley les perjudica, allá ellos; zurrémosles nosotros por otro lado directamente con mayor eficacia. Pero contra la ley, sea

(1) Y en España no digamos. Arramblarán con la poca riqueza que ya nos quedaba é impulsarán más si cabe la reacción imperante.

cual fuere, defendamos nuestra libertad, la libertad del pueblo, no la de los curas, los cuales, como la víbora del cuento, mañana se aprovecharían para mordernos con los mismos dientes que no habríamos hoy contribuido á hacer les arrancaran.

Lo repito: bajo la presión popular los gobiernos pueden resolverse á fastidiar al clericalismo. Será siempre poca cosa, mal hecha y á regañadientes; pero tenemos que hacer mayor presión para que hagan más, al propio tiempo que obremos directamente por cuenta nuestra. Jamás bajo ningún pretexto, de modo alguno, debemos por aversión á un método malo, como es la ley, pronunciar una sola palabra de defensa en pro de un principio y de una institución mil veces más perversa. No desviemos nuestra propaganda lo más mínimo hacia la ilusión y la religión de la ley, pero tampoco desviemos de modo que dificulte la acción gubernamental á beneficio de nuestro mayor enemigo, por atenernos dogmáticamente más á la letra que al principio libertario, nuestra propaganda y nuestra acción indefensa de nuestra libertad, la verdadera libertad.

*Il Pensiero*, Roma, Septiembre 1904.

### Jacinto Octavio Picón

## El hijo del camino

### I

Era el tiempo en que para trasladar á los presos y penados de cárcel á cárcel y de penal á penal, se les llevaba todavía á pie por los caminos, entre destacamentos de gente armada.

Tras el día de calor insufrible, vino la noche sin brisa, cálida y sofocante.

No corría un pelo de aire, ni se alzaba del suelo un átomo de polvo. La carretera abierta en la dilata extensión de la

llanura, se destacaba interrumpiendo el gris terroso de los campos, como una cinta blanca y ancha tendida sobre los surcos en rastrojo.

Por su centro iba *la cuerda*, la reata humana, doblemente rendida á la pesadumbre de la fatiga y del delito.

Quién llevaba morral, quién alforjas, quién manta, los más, nada; veíanse muchos descalzos, despeados; pocos fumaban, no reía ninguno. Á los lados marchaba la tropa obligada á meterse por la estrecha hondura de las cunetas,



ó á subirse en los montones de guija y pedernal recién partido, mientras el brillo de las armas iluminadas por la luna, limitaba la movable masa de aquella triste comitiva. Los grillos y las cigarras cantaban libremente; voces humanas se oían pocas, y esas eran blasfemias; tal vez envidia de los animalillos, desahogo propio de *gente forzada del rey que iba á las galeras*.

En la venta de la Mora se hizo alto; la cuerda se recogió á un lado del camino, en un repecho: los soldados desataron los cabos de bramante; y luego, apartándose y formando extenso círculo en torno de los presos, colocaron centinelas. De allí á poco salieron de la venta quince ó veinte mujeres harapientas, sucias, miserables, y esquivando á los de uniforme corrieron hacia los del grupo central, aunándose con ellos en parejas que desaparecían tras un tronco, tras un peñasco, en un repliegue del terreno, donde pudieran ocultarse.

Era la visita del amor á la desgracia; amor momentáneo, vicioso, repugnante y venal; pero amor. Y era también costumbre sancionada por los años, tolerancia perpetuada por la tradición, abuso que tomó origen en el capricho de un rey absoluto, ganoso de repoblar su reino.

Antes de romper el alba, la columna se ponía en marcha. Después, los padres anónimos morían en presidio, y los hijos de aquellas esposas de una noche se llamaban *los hijos del camino*.

## II

Así fué concebido Juan.

Su madre le adoró, como engendrado mediante sacramento; pero las gentes del lugar, cuando niño, le miraron con lástima, cuando adolescente le mofaron y de mozo le escarnecieron. Cada vez que pasaba por la aldea una cuerda de presos, le decían las chicas:

—Juan, ¿será tu padre alguno de esos?

Primero se ganó la vida recogiendo boñigas para estercolar huertos, después fué lazarrillo de ciego, dió al fuelle en casa del herrero, se metió á zagal de diligencias... por fin huyó de la comarca.

Su pobre madre no volvió á saber de él en mucho tiempo.

Estuvo como alimentador de horno en una fábrica de vidrio, sufriendo las bocanadas de las llamas; fué minero, permaneciendo semanas enteras sin ver la luz del sol; trabajó en los telares respirando el polvillo que blanqueaba los tejidos y le cegaba los pulmones, no hubo industria que no intentara ni oficio en que pudiese medrar.

Si en su lugarejo no encontró amparo, en las ciudades le faltó protección. Nadie le dió enseñanza, ni le dejó tiempo de adquirirla. Su instinto le decía «aprende»; la necesidad le respondía «gana». Cualquier aprendizaje le hubiera mermando el pan y el sueño.

En tanto, la madre pensaba en él, arrancándole su recuerdo las horribles lágrimas de la incertidumbre, pues no sabía donde estaba, ni si era vivo ó muerto. Al fin lo averiguó; hizo que le escribiera, y de tarde en tarde supieron uno de otro: ella le enviaba besos; él le mandaba por un arriero un gran pañuelo de algodón de colores, valor de un día de jornal.

Así pasó de labor á labor, de oficio á oficio, practicándolos todos sin dominar ninguno, renunciando á unos por penosos é insalubres, á otros por indignos y embrutecedores, hasta que entró en una compañía de alumbrado eléctrico, casi como bestia de carga.

Su obligación era llevar artefactos, utensilios y herramientas á sus compañeros de trabajo.

Una tarde fué con ellos á la prueba de luces en una soberbia casa, donde á la noche debía verificarse una gran fiesta,



¡Cuánta magnificencia contemplaron sus ojos! Jamás vió cosa igual.

Cada salón era un museo de arte ó un camarín de la molicie. Los mármoles parecían encerrar en su seno transparentes hojas de vegetaciones inverosímiles; los muebles, por sus formas, incitaban á la voluptuosidad ó al reposo; los tapices caían discretamente ante las puertas; los rasos y los flecos guardaban en la urdimbre de sus tramas los colores del iris; había canastillas de orquídeas australianas mezcladas con flores de cristal que despedían rayos luminosos; libros cubiertos de oro, que atesoraban en sus páginas el oro aun más puro del pensamiento humano; y todo ello en desorden bellísimo se reflejaba en espejos que, como poseídos de codicia, multiplicaban hasta lo infinito las riquezas.

De pronto apareció Luz, la dueña de la casa, ya vestida para la fiesta, é impaciente por juzgar el efecto de la iluminación.

Juan imaginó que era una diosa. Traía la cabellera salpicada de brillantes, que semejaban estrellas perdidas en una nube de oro, el cuello ceñido por hilos de perlas menos blancas que su pecho, y todas las líneas de su pecho admirable envueltas en telas primorosas, antes dispuestas para revelar la forma que para encubrir la desnudez. Tenía la voz, aunque imperiosa, encantadora, y su persona exhalaba un perfume penetrante y sutil, intenso y turbador, que juntamente producía fascinación al espíritu y embriaguez á los sentidos.

El hombre inculto é ignorante, incapaz de analizar lo que experimentaba, pero hombre al fin, sintió la tentación y el ansia que da la fruta puesta al alcance de la boca del niño.

Primero quedó suspenso con el pasmo

de la sorpresa, luego se dijo, con la velocidad del pensamiento, que cuanto había en aquel maravilloso recinto y cuanto realizaba la belleza de aquella mujer extraordinaria, había bajo una ú otra forma nacido entre sus manos. Carbón arrancado á las entrañas de la tierra y convertido en torrentes de claridad; cristales fundidos por aquel horno que secó su garganta; hierros forjados al fuego en que se abrasó los dedos; sedas teñidas en aquellas substancias que le envenenaron los pulmones; todo, ¡todo! había contribuido á formarlo, y nada, ¡nada! era para él. Entonces Luz se ofreció á su deseo como creación maravillosa en que él había puesto hueso de sus huesos y sangre de su sangre, hasta convertirla en el compendio de las dichas humanas. ¿Por qué no había de pertenecerle? ¿Habrían de vivir eternamente juntos y separados á la vez como la cortesana y el esclavo? ¿Qué ley cruel lo disponía? ¿Quién la escribió?

El espectáculo de la riqueza le llenó de asombro; la privación de lo que otros disfrutaban espoleó á la envidia; la ignorancia cerró á la abnegación el paso; la conciencia le dijo que su ambición era justa; miró á Luz con codicia, y en el fondo de su alma surgió el deseo de gozarla ó la resolución de destruirla.

Así se hallaron frente á frente la personificación de todas las grandezas acumuladas por los tiempos y el representante de una raza que contribuyó á crearla para delicia de otros.

Juan, poseído de una pasión que daba espanto, tendió hacia ella los brazos. Luz, al principio sonrió despreciativamente, pero al sentir las manos callosas sobre el pecho, lanzó un grito de angustia; y en su auxilio acudieron tres hombres.

(Continuará.)

### Recibido:

*Foch Nou*, de Barcelona.

Imprenta Moderna de GUINART Y PUJOLAR.—Bruch, 63 (entre Diputación y Consejo de Ciento).—BARCELONA